

utilizar un vocablo con tan destacadas adscripciones en las ciencias sociales. Son, por tanto, las hermandades –a las que García Benítez dota en estos casos de cualificación específica, aspecto al que llega a través de su estudio– el instrumento principal de su análisis y el eje de su fundamentación empírica. Vírgenes, fatrias o banderías son elementos de expresión formal o consecuencias de las hermandades en los ejes estructurales –valga también éste término– en los que se sitúan y desenvuelven y, por supuesto, actúan como agentes de aceleración o freno del cambio socio-cultural.

El libro resulta atractivo en su lectura, lo que realza su interés. Adentrándonos en sus páginas, fortalecemos nuestra virtud, pues ya desde los clásicos se considera que el conocimiento acerca a la virtud, y con su lectura incrementamos el conocimiento de la sociedad y de la cultura andaluza. Pero, quizás lo más destacable de este trabajo sea que la investigación, que le dio origen, participa de muchos rasgos de originalidad,

incluso me atrevo a decir que de heterodoxia, al menos en el contexto en que teórica y prácticamente se han generado investigaciones similares. Heterodoxia en el acervo teórico empleado: el concepto de la semi-comunalidad; heterodoxia en cuanto a la apoyatura bibliográfica. Y heterodoxia en la metodología empleada, incluida la observación participante que emplea el autor y que, según se deduce, no se ajusta a los cánones, que desde Malinowski a Lewis, pasando por quien esto escribe, hemos empleado los antropólogos y, si es de menester, también los sociólogos. Igualmente, entre sus méritos hay otro que deseo destacar: la introducción en la metodología de la variable *metodológica compuesta o integrada* por un notable estudio histórico, del que desgraciadamente muchos antropólogos –y cuando no sociólogos– se olvidan, cuando no omiten conscientemente, y que en este caso aparece cumplida y explícitamente cubierto.

(Juan Maestre Alfonso)

DOLORES MORILLO MARTÍN:
Salir a Trabajar. Procesos migratorios y estrategias económicas de los grupos domésticos en la Sierra Sur de Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 2004.

Recuerdo que hace años escuché a un humorista andaluz contar un chiste en el que dos conocidos conversaban: “*Fijate en fulanito, que se fue a Alemania con dos alparbatas y ha vuelto con un millón. –¿Y para qué quiere un millón de alparbatas?*” En ese juego de las cosas dichas o no dichas está el fondo del lenguaje, los equívocos cotidianos, las tram-

pas en las que uno se puede caer. Dolores Morillo es la autora de un libro sobre la emigración andaluza en la Sierra Sur de Sevilla. La edición de la Diputación de Sevilla es excelente, tanto como la grata acogida que suele tener esta institución con la investigación socio-económica de la provincia. El texto es la publicación de la tesis leída en la materia de antropología. El título –*Salir a Trabajar*– nos remite a un lenguaje que se sobreentiende: la emigración por motivos laborales. Está claro que también *salían* a vivir, al menos estaban obligados a descansar, divertirse y tejer nueva relaciones sociales. La emigración de la Andalucía profunda durante los años del desarrollismo español

fue también profunda, es bien sabido, y muy severa, y sigue siendo un elemento paradigmático de la desruralización del país. El tema elegido ya es original porque va contracorriente del actual *boom* de estudios de todo tipo sobre la inmigración. Y buena parte de las claves de este fenómeno actual de “la extranjería” conviene descubrirla mirándonos a nosotros mismos cuando éramos inmigrantes. Si eso no ocurre es normal que “la inmigración” aparezca en la lista de los problemas de los españoles, junto con el paro, la vivienda y el terrorismo, porque alguien decidió incluir esa categoría como “problema”, ya que es sabido que el miedo social suele funcionar como mecanismo para reforzar la distinción entre *nosotros* y *los otros*. En realidad la emigración tampoco fue un problema sino una solución. Coincidiendo con el relato común de los antiguos emigrantes que entrevista, la misma autora concluye que: “Mereció la pena emigrar”. Ella misma abandonó uno de los pueblos de la *zona de análisis* a los seis años por razones paternas de trabajo. Esta circunstancia pudiera tener una doble consecuencia para la autora. Juega en terreno propio, tal como afirma: “sabía en que sobremesa podía introducirme... colocar la grabadora y escuchar charlas”. Pero también reconoce los defectos de esa especie de investigación de uno mismo o investigación–espejo en la que todos incurrimos de alguna manera y que obliga a pensar lo mucho de fenomenológico que tienen las prácticas profesionales en el ámbito social. El que el investigador forme parte de lo investigado puede ser bueno o malo: “Mi posición era lo que P. Bourdieu definió como el investigador que está en el juego”.

El texto ofrece una dosis empírica rica y en línea con la metodología cualitativa más abierta. El trabajo de campo se nutre especialmente de una serie de

historias de vida con “informantes claves”, un total de 50 “nativos”, que detallan pormenores completos y exactos de su biografía y de su situación actual, aunque aparecen nombrados como A.M.M. o C.A.M, tal vez por salvar su anonimato. El grupo que se estudia es homogéneo: el sector social más inferior de la comarca más inferior de la provincia sevillana. El contenido etnográfico es minucioso, incluyendo genealogías y originales testimonios de valor cultural. Las fotos al final ayudan a imaginar las ideas. El eje sobre el que gira el argumento es el núcleo familiar, visto desde la estrategia y el proceso migratorio. El punto de partida teórico rechaza los argumentos culturalistas del tipo “cultura de la pobreza”, entendiendo que el emigrante es un “individuo activo”, y que diseña estrategias calculadas, no pasivas, en seno del núcleo doméstico, núcleo ya no definido por la unidad residencial sino por “la bolsa común”. Efectivamente se aleja de posturas culturalistas para adoptar una visión más materialista –el trabajo como eje estratégico– pero no recurre a la diferenciación en base a la jerarquía de clases sociales en el proceso que analiza, donde la estructura social y los imperativos de dominación–subordinación aparecen velados tras el “núcleo familiar” como unidad recurrente de análisis. No obstante, Dolores Morilla parte del esquema de Bourdieu y se suministra de sus conceptos: *habitus*, campo, reproducción. Estamos acostumbrados a ver tales conceptos manoseados sin criterio, como si fueran sonidos, y hay multitud de ejemplos en los que no se utiliza la teoría de Bourdieu sino su retórica. Y ese error se traslada comúnmente al plano del análisis de datos. No es el acaso de *Salir a trabajar*, en el que Morillo procura ceñirse al guión de los conceptos que anuncia. No

es un recurso a la moda lo que le llega a adoptar el modelo del autor francés sino que su empeño, por ejemplo, en buscar un enfoque integrador en el que se incluyan las perspectivas de los actores sociales y las determinaciones estructurales ofrece consistencia a la luz de la interpretación de las entrevistas. Precisamente en una de esas

transcripciones una antigua emigrante habla con su lenguaje habitual: “*Aquí tuvimos que atravesar una época muy mala en aquello tiempo no tenía ni pa comprarte una apargata*”. En definitiva, un libro lleno de sugerencias, con mucha materia prima, mucho dialecto social, y donde da la sensación que la autora ha disfrutado con su trabajo.

(Álvaro Rodríguez Díaz)